

de dar gracias al cielo por tan feliz victoria; despacháronse extraordinarios á todas partes con aviso de lo ocurrido en aquel tremendo día; y en ocho que duraron las fiestas quedó Timbreo casi pereciendo, porque el gasto de bollos, bizcochos, conservas, bebidas heladas y chocolate ascendió á más de lo que puede sufrir el bolsillo de un dios que protege la buena poesía.

Después de pasado el turbión de visitas y enhorabuenas, se trató de lo que convenría hacer con los vencidos. Cascales, Cervantes y Luán se encargaron de examinarlos separadamente, para ver á cuántas estaban de locura; y en vista del informe que presentaron estos jueces, se mandó que algunos de ellos, después de habérseles dado una buena reprimenda, se restituyesen á sus casas, con pasaporte para todos los registros del Parnaso, y sendas cestillas en que se les puso su ración de pan, queso y pasas, y á los más contitos, por vía de ayuda de costa, repartieron las caritativas Musas de propio caudal unos cuantos maravedises.

A los restantes (incluso el tuerto), que á juicio de los examinadores eran incurables, los encerraron en las jaulas de los locos, donde hoy se hallan tan en cueros como siempre y tan sabios como su madre los parió.

POESÍAS SUELTAS

LECCIÓN POÉTICA

SATIRA CONTRA LOS VICIOS INTRODUCIDOS
EN LA POESÍA CASTELLANA

Apenas, Fabio, lo que dices creo,
Y leyendo tu carta cada día,
Más me confunde cuanto más la leo.

¿Piensas que esto que llaman poesía,
Cuyos primores se encarecen tanto,
Es cosa de juguete ó fruslería?

¿Ó que puede adquirirse el numen santo
Del dios de Delo á modo de escalada,
Ó por combinación ó por encanto?

Si en las escuelas no aprendiste nada,
Si en poder de aquel dómine pedante
Tu banda siempre fué la desgraciada,

¿Por qué seguir procuras adelante?
Un arado, una azada, un escardillo
Para quien eres tú fuera bastante.

De cólera te pones amarillo:
Las verdades te amargan, ya lo advierto,
No quieres consultor franco y sencillo.

Pues hablemos en paz; que es desacierto
Desengañar al que el error desea:
Vaya por donde va, derecho ó tuerto.

Digote, en fin, que es admirable idea

En tu edad cana acariciar las Musas,
Y trepar á la fuente pegasea.

Pues si el aceite y la labor no excusas,
Y prosigues intrépido y constante,
En tí sus gracias lloverán infusas.

Los conceptillos te andarán delante,
Versos arrojarás á borbotones,
Tendrás en el tintero el consonante.

¡Qué romances harás, y qué canciones!
¡Y qué asuntos tan lindos me prometo
Que para tus opúsculos dispones!

¡Qué gracioso ha de estar, y qué discreto,
Un soneto al bostezo de Belisa,
Al resbalón de Inés otro soneto!

Una dama tendrás, cosa es precisa:
Bellísima ha de ser, no tiene quite,
Y llamárasla Filis ó Marfisa.

Dila que es nieve cuando más te irrita:
Nieve que todo el corazón te abrasa,
Y el fuego de tu amor no la derrite.

Y si tal vez en el afecto escasa,
Pronuncia con desdén sonoro hielo (1);
Breve disgusto que incomoda y pasa.

Dirás que el encendido Monjibelo
De tu pecho, entre llamas y cenizas,
Corrusca crepitante y llega al cielo.

Si tu pasión amante solemnizas,
No olvides redes, lazos y prisiones,
En donde voluntario te esclavizas.

Pues si el cabello á celebrar te pones,
Más que los rayos de Titán hermoso,
¡Qué mérito hallarás, qué perfecciones!
Dila que el alma, ajena de reposo,

(1) Quevedo.

*Nada golfos de luz ardiente y pura,
En crespas tempestad del oro undoso* (1).

Llama á su frente espléndida llanura,
Corvo luto sus cejas, ó suaves
Arcos, que flecha te avaron dura.

Cuando las luces de su Olimpo alabes,
Apura, por tu vida, en el asunto
Las travesuras métricas que sabes.

Di que su cielo, del cenit trasunto,
Dos soles ostentó por darte en ojos,
Que si se ponen, quedarás difunto.

Y al aumentar tu vida sus despojos,
*Se lava el corazón; y el agua arroja
Por los tersos balcones de los ojos* (2).

Y tu amor, que en el llanto se remoja,
En él se anega, y sufre inusitados
Males muriendo, y líquida congoja.

Di que es pensil su vulto de mezclados
Clavel y azahar, y abeja revolante
Tú, que libas sus cálices pintados.

La boca celestial, que enciende amante
Relámpagos de risa carmesies (3),
Alto asunto al poeta que la cante,

Hará que en su alabanza desvaríes,
Llamándola de amor ponzoña breve,
Ó madreperla hermosa de rubíes.

Al pecho, inquieta desazón de nieve,
Blanco, porque Cupido el blanco puso
En él, y en blanco te dejó el aleve.

Y di que venga un literato al uso,
Con su Luzán y el viejo Estagirita,

(1) Quevedo.

(2) Gerardo Lobo.

(3) Quevedo.

Llamándote ridículo y confuso:
Que yo sabré con férula erudita
Hacerle que enmudezca arrepentido,
Por sectario de escuela tan maldita.
Así también hubiéramos vencido
El venusto rigor de esa tirana:
Tigre, de rosa y al heli vestido.
Mas quiero suponer, que la inhumana.
Rasgó tus ovillejos y canciones,
Y todas las tiró por la ventana:
No importa, así va bien. Luego compones
Diez ó doce lloronas elegías,
Llenándola de oprobios y baldones.
No te puedo prestar ningunas más;
Pero tres me dará cierto poeta,
Largas, eternas, y sin arte y frias.
Dirás que tanto la pasión te aprieta,
Que mueres infeliz y desdeñado:
¡Inexorable amor! ¡fatal saeta!
El cuerpo dejarás al verde prado,
El alma al cielo de tu dama hermosa,
Y serás en su olvido sepultado.
Y en lugar de escribir: «Aquí reposa
Fabio, que se murió del mal de amores,
Culpa de una muchacha melindrosa»,
Detendrás á las ninfas y pastores,
Para que una razón prolíja lean
De todas tus angustias y dolores.
Bien que los sabios, si adquirir desean
Fama y nombre inmortal, no solamente
En un sujeto su labor emplean.
Olvida, amigo, esa pasión doliente:
H. rias quejas oyó, que murmuraba
Con lengua de cristal pícara fuente.
No siempre el alma ha de gemir esclava:

Déjate ya de celos y rigores,
Y el grave empeño que elegiste acaba.
Que ya te ofrecen mil aparadores,
Transformadas las salas en bodega,
Espíritus, aceites y licores.
Suena algazara; cada cual despega
Un frasco y otro; la embriagada gente
Empieza á improvisar... ¿Y quién se niega?
¿Qué vale componer divinamente
Con largo estudio en retirada estancia,
Si delirar no sabes de repente?
Cruzan las copas, y entre la abundancia
De los brindis alegres de Lieo,
Se espera de tu musa la elegancia.
Mira á Camilo, desgredado y feo,
Ronca la voz, la ropa desceñida,
Lleno de vino y de furor pimpleo,
Cómo anima el festín, y la avenida
De coplas suyas con estruendo suena,
De todos los oyentes aplaudida.
La quintilla acabó; los vasos llena
Fiel asistente de licor precioso; *
Vuelve á beber, y á desatar la vena.
«Bomba, bomba», repite el bullicioso
Concurso, y cuatro décimas vomita
Con pie forzado el bacanal furioso.
Y qué ¿tú callarás? ¿Nada te excita
A mostrar de tu numen la afliencia,
Cuando la turba improvisante grita?
¿Temes? Vano temor. La competencia
No te desmaye, y las profundas tazas
Desocupa y escurre con frecuencia.
Ya te miro suspenso, ya adelgazas
El ingenio, y buscando consonante,
En hallarle adecuado te embarazas

¿A qué fin? Con medir en un instante,
Aunque no digan nada, cuatro versos
Mezclados entre sí, será bastante.

¿Juzgas acaso que saldrán diversos
De los que dieron á Camilo fama,
Ó más duros tal vez, ó más perversos?
No porque alguno Píndaro le llama,
Oyendo su incesante tarabilla,
Pienses que numen superior le inflama.
Los muchachos le siguen en cuadrilla,
Pues su musa pedestre y juguetona
Es entretenimiento de la villa.

Si arrebatarle quieres la corona,
Y hacer que calle, escucha mis ideas,
Y estimarás al doble tu persona.

Chocarrero y bufón quiero que seas,
Cantor de cascabel y de botarga:
Verás qué aplauso en Avapiés granjeas.

Con tal autoridad, luego descarga
Retruécanos, equívocos, bajezas,
Y en ellas mezclarás sátira amarga.

Refranes usarás y sutilezas
En tus versillos, bufonadas frías,
Y mil profanaciones y torpezas.

Y esta compilación de boberías
Al público darás, de tomo en tomo,
Que ansioso comprará lo que le envías.

Porque el ingenio más agreste y romo
Con obras de esta especie se recrea,
Como tú con las gracias de Jeromo.

Mas si tu orgullo obscurecer desea
Al lírico famoso venusino,
Con quien tu preceptista me marea,
Aparta de sus huellas el camino,
Huye su estilo atado de pedante,

Que inimitable llaman y divino.

Canta en idioma enfático-crispante
De las deidades chismes celebrados,
Sin perdonar la barba del Tonante.

Pinta en Fenicia los alegres prados,
La niña de Agenor y sus doncellas
Los nítidos cabellos destrenzados,

Que, dando flores al Abril sus huellas,
La orilla que de líquido circunda
Argento Doris, van pisando bellas;

Al motor de la máquina rotunda
Que enamorado paze entre el armento
La hierba, de que opaca selva abunda.

La niña al verle, ajena de espavento,
Orna los cuernos y la espalda preme,
Sin recelar lascivo tradimento.

Ya los recibe el mar, la virgen treme,
Y al juvenco los álguidos, undosos
Piélagos hace duro amor que reme.

Ella, los astros ambos lacrimosos,
Reciprocando aspectos cintilantes (1),
Prorrumpe en ululatos dolorosos;

Cuyas quejas en torno redundantes,
De débiles ancilas repetidas (2),
Los antros duplicaron circunstantes.

Mas Creta ofrece playas extendidas,
Prónuba al dulce amplexo apetecido,
Pudíticias inermes ya vencidas.

Huye gozoso amor y agradecido
Jove, fecunda sóbole promete,
Que imperio ha de regir muy extendido.

Apolo, antojadizo mozalbete,

(1) Silveira.

(2) Villamediana.

Asunto digno de tu canto sea,
Cuando tras Dafne intrépido arremete.

La locura también factorea
Celebrarás, y el piélago combusto
Que en flagrantes incendios centellea.

Y muera de livor el Zilo adusto,
Al notar de estas obras los primores,
La dición bella, el delicado gusto;

Al ver llamar estrellas á las flores,
Líquido plectro á la risueña fuente,
Y á los jilgueros prados voladores;

Vegetal esmeralda floreciente
Al fresco valle, y al undoso río
Sierpe sonora de cristal luciente.

Pero si has de llamarte alumno mío,
Despreciando de Laso la cultura.

Con ceño magistral y agrio desvío,
Habla erizada jerigonza obscura
Y en gálica sintaxis mezcla voces

De añeja y desusada catadura,
Copiando de las obras que conoces
Aquella molestísima reata

De frases y metáforas feroces.

Con ella se confunde y desbarata
La hispana lengua, rica y elegante,
Y á Benengeli el más cerril maltrata.

Cualquiera escritorcillo petulante
Licencia tiene, sin saber el nuestro,
De inventar un idioma á su talante,

Que él sólo entiende, y ensartando diestro
Silabas, ya es autor y gran poeta,
Y de alumnos estúpidos maestro.

Mas ya te llama el son de la trompeta,
De nuestros Cides los heroicos hechos,
Tanta nación á su valor sujeta.

Rompe, amigo, los vínculos estrechos,
Las duras reglas atropella osado,
Vencidos sus estorbos y deshechos,

Y el numen lleno de furor sagrado:
«Canto, dirás, el héroe furibundo,
A dominar imperios enseñado,

Que dando ley al báratro profundo
Su fuerte brazo, sujetó invencible
La dilatada redondez del mundo».

Principio tan altisono y horrible,
Proposición tan hueca y espantosa,
Que deje de agradar es imposible.

No como aquel que dijo: *Canta, diosa,*
La cólera de Aquiles de Peleo,
A infinitos aquivos dolorosa;

Porque el estilo inflado y giganteo,
Dejando á los lectores atronados,
Causa mudo estupor, llena el deseo.

Dos caminos te ofrezco, practicados
Ya por algunos admirablemente:
Escoge, que los dos son extremados.

Sigue la historia religiosamente,
Y conociendo á la verdad por guía,
Cosa no has de decir que ella no cuente.

No finjas, no, que es grande picardía:
Refiere sin doblez lo que ha pasado,
Con nimiedad escrupulosa y pia.

Y en todo cuanto escribas, ten cuidado
De no olvidar las fechas y las datas;
Que así lo debe hacer un hombre honrado.

Si el canto frigidísimo rematas,
Despedirás del lector prudente
Que te sufrió, con expresiones gratas,

Para que de tu libro se contente,
Y aguarde el fin del lánguido suceso,

De canto en canto el misero paciente.

Mas no imagines, Fabio, que por eso
Te aplaudirán tus versos desdichados:
Crítica sufrirán, zurra y proceso.

Dirán que los asuntos adornados
Con episodios y ficción divina,
Se ven de tu epopeya desterrados.

Que es una historia insípida y mezquina,
Sin interés, sin fábula, sin arte;

Que el menos entendido la abomina.

Pero yo sé un ardid para salvarte,
Dejándolos á todos aturdidos:

Oye, que el nuevo plan voy á explicarte.

Después que entre centellas y estampidos

Feroz descargues tempestad sonora,

Y anuncies hechos ciertos ó fingidos,

Exagera el volcán que te devora,

Que cenirse del alma no consiente (1),

E invoca á una deidad tu protectora.

Luego amontonarás confusamente

Cuanto pueda hacinar tu fantasía,

En concebir delirios eminente.

Botánica, blasón, cosmogonía,

Naútica, bellas artes, cratoría,

Y toda la gentil mitología;

Sacra, profana, universal historia,

Y en esto, amigo, no andarás escaso,

Fatigando al lector vista y memoria.

Batallas pintarás á cada paso

Entre despechadísimos guerreros

Que jamás de la vida hicieron caso.

Mandobles ha de haber y golpes fieros,

Tripas colgando, sesos pa'pitantes,

(1) Candamo.

Y muchos derrengados caballeros;

Desaforadas mazas de gigantes,

Deshechas puentes, armas encantadas,

Amazonas bellisimas errantes.

A espueñas verterás, á carretadas

Descripciones de todo lo criado,

Inútiles, continuas y pesadas.

¡Oh cómo espero que mi alumno amado

Ha de lucir el singular talento,

Febo, que á tu pesar ha cultivado!

¡Cuánta aventura, y cuanto encantamento!

¡Cuántos enamorados campeones!

¡Cuánto jardín y alcazar opulento!

Pondrás los episodios á millones;

Y el héroe miserable no parece,

Que no le encontrarán ni con hurones.

Pero ¡cómo ha de ser, si le acontece

Que un mago en una nube le arrebatá,

Y con él por los aires desaparece?

En un valle obscurísimo remata

El viejo endemoniado su carrera,

Y al huésped á cumplidos le maltrata.

Baja á una gruta inhabitable y fiera,

Sepulcro de los tiempos que han pasado (1),

Y le entretiene allí, quiera ó no quiera.

¡Cuánta vasija y unto preparado

Tiene! ¡Cuánto ingrediente venenoso,

Que al triste que lo ve deja admirado!

Allí le enseña en un artificioso

Cristal la descendencia dilatada

Que el nombre suyo ha de ilustrar famoso.

Y mira una ficción muy adecuada:

Pues aunque algún censor la culparía

(1) Quevedo.

De impertinente, absurda y dislocada,
Siempre logras con esta fechoría
El linaje ensalzar de tu Mecenas,
Que no te faltará, por vida mía.
Y si tales patrañas son ajenas
De su alcurnia, ¿qué importa? Si conviene
Con Héctor el troyano la encadenas;
Porque un poeta facultades tiene
Sin limite ni cotos, escribiendo
Todo cuanto á la pluma se le viene.
Pero ya me parece que estoy viendo
Sobre un carro de fuego remontados
Los dos amigos que la van corriendo.
¡Válame Dios, y qué regocijados,
Gentes, ciudades, reinos populosos
Examinan, y climas ignorados!
De Libia los desiertos arenosos,
El hondo mar que hinchado se alborota,
Montes nevados, prados olorosos.
De la septentrional playa remota,
Al cabo que dobló Vasco de Gama,
El sabio Trasmón registra y nota.
Vuelve después donde la ardiente llama
Del sol se oculta, al expirar el día,
Dándole Tetis hospedaje y cama.
Y en su precipitada correría
Al huésped volador hace patente
Cuanto de Europa el ancho mar desvía.
Muda el auriga hacia el rosado oriente
El rumbo, y á los reinos de la aurora
Los lleva el carro de piropo ardiente...
Pero de un críticón me acuerdo ahora,
Grave, tenaz, ridículo, pedante,
Que vierte hiel su lengua detractora.
¡Cómo salta de cólera al instante

Con estas invenciones! ¡Cuál blasfema!
Si se llega á irritar, no hay quien le aguante.
No quiere que haya encantos ¡linda tema!
Ni vestiglos, ni estatuas habladoras,
Y el libro en que lo halló, desgarras y quemas.
Si al héroe por acaso le enamoras
De una beldad que yace encastillada,
Guardándola un dragón á todas horas,
Y el caballero de una cuchillada
Al escamoso culebrón degüella,
Mi crítico infernal luego se enfada.
Ni hay que decirle que la tal doncella
Es hermana del sabio Malambruno,
El cual su doncellez así atropella;
Que á dura cárcel, soledad y ayuno
Por un chisme no más la ha reducido,
Sin que sepa sus lástimas ninguno.
No, señor, nada basta: enfurecido,
Contra el misero autor se despepita,
Y en nada el inocente le ha ofendido.
«¡Abundancia infeliz! ¡vena maldita!»
Dice en horrenda voz que impetuosa
Como turbión raudal se precipita.
El gusto y la razón, en verso, en prosa,
La invención rectifiquen; que sin esto
Jamás se acertará ninguna cosa.
Mi patria llora el ejemplar funesto:
Su teatro en errores sepultado,
A la verdad y á la belleza opuesto,
Muestra lo que produce el estragado
Talento que sin luz se descamina,
De la docta lección abandonado.
Nuevo rumbo signió, nueva doctrina
La hispana musa, y desdeñó arrogante
La humilde sencillez griega y latina.

Dió á la comedia estilo retumbante,
Figurado, sutil ó tenebroso,
De la debida propiedad distante.
Halló en la escena el vulgo clamoroso
Pintadas y aplaudidas las acciones
A que le inclina su vivir vicioso.
Y en vez de dar un freno á sus pasiones
En la enseñanza de verdades puras,
Mezcladas entre honestas invenciones,
Oye sólo mentiras y locuras,
Celebra y paga enormes desaciertos,
Y de juicio y moral se queda á oscuras.
¡Qué es ver saltar entre hacinados muertos,
Hecha la escena campo de batalla,
A un paladín, enderezando tuertos!
¡Qué es ver, cubierta de loriga y malla,
Blandir el asta á una mujer guerrera,
Y hacer estragos en la infiel canalla!
A cada instante hay duelos y quimeras,
Sueños terribles que se ven cumplidos,
Fatídico puñal, fantasma fiera,
Desfloradas princesas, aturdidos
Enamorados, rondada, galanteo,
Jardín, escala y celos repetidos;
Esclava fiel, astuta en el empleo
De enredar una trama delincuente,
Y conducir amantes al careo.
Allí se ven salir confusamente
Damas, emperadores, cardenales,
Y algún bufón pesado é insolente.
Y aunque son á su estado desiguales,
Con todos trata, le celebran todos,
Y se mezcla en asuntos principales.
Allí se ven nuestros abuelos godos,
Sus costumbres, su heroica bizarría,

Desfiguradas de diversos modos.
Todo arrogancia y falsa valentía:
Todos jaques, ninguno caballero,
Como mi patria los miró algún día.
No es más que un mentecato pendenciero
El gran Cortés, y el hijo de Jimena
Un baladrón de charpas y jifero.
Cinco siglos y más, y una docena
De acciones junta el numen ignorante
Que á tanto delirar se desenfrena.
Ya veis los muros de Florencia ó Gante;
Ya el son del pito los transforma al punto
En los desiertos que corona Atlante.
Luego aparece amontonado y junto
(Así lo quiere mágico embolismo)
Dublín y Atenas, Menfis y Sagunto.
Pero ¿qué mucho, si en el drama mismo
Se ven patentes las eternas penas,
Y el ignorado centro del abismo,
Las llamas, pinchos, garfios y cadenas,
Repitiéndose misero lamento
Por las estancias de dolores llenas?
«¡Oh qué abominación!» Dice el sangriento
Censor injusto; y dando manotadas,
Se levanta furioso del asiento.
Estas críticas, Fabio, son dictadas
Por envidia y no más, si bien lo miras,
Y no deben de ti ser escuchadas.
Las que repasas sin cesar y admiras
Insignes obras, á pesar de ingratos,
Te llevarán al término á que aspiras.
Más te prometo: los alegres ratos
Que te visite el apolíneo coro
No los has de vender nada baratos.
Pues, aunque el tema popular no ignoro,

De que Cintio corona á los poetas
De verde lauro, y no de perlas y oro,
Las más descabelladas é indiscretas
Farsas te llenarán de patacones
Los desollados cofres y gavetas.
Sí, Fabio, las obrillas que dispones
Las hemos de vender todas al peso;
Y algo me tocará por mis lecciones.
Tu vena redundante hasta el exceso,
Que no conoce reglas ni camino,
Es lo que se requiere para eso.
Suelta toda la presa del molino:
Haz comedias sin número, te ruego,
Y vaya en cada frase un desatino.
Escribe dos, luego siete, y luego
Imprime quince, y trama diez y nueve,
Y á tu musa venal no des sosiego.
Harás que horrendos fabulones lleve
Cada comedia y... casos prodigiosos;
Que así el humano corazón se mueve.
Salga el carro del sol, y los fogosos
Flegón y Etonte; salga Citeréa
Mayando en estribillos enfadosos.
Diversa acción cada jornada sea
Con su galán, su dama, y un criado
Que en dislates insípidos se emplea.
Echa vanos escrúpulos á un lado,
Llena de anacronismos y mentiras
El suceso que nadie habrá ignorado.
Y si agradar al auditorio aspiras,
Y que sonando alegres risotadas
El te celebre cuando tú deliras,
Del muro arrojen á las estacadas
Moros de paja, si el asalto ordenas
Y en ellos el gracioso dé lanzadas.

Si del todo la pluma desenfrenas,
Date á la magia, forja encantamientos,
Y salgan los diablillos á docenas.
Aquí un palacio vuela por los vientos,
Allí un vejete se transforme en rana:
Todo asombro ha de ser, todo portentoso.
De la historia oriental, griega y romana
Copiarás los varones celebrados,
Que el pueblo admitirá de buena gana.
Héctor, Ciro, Catón, y los soldados
Fuertes de Anibal, con su jefe adusto,
Todos los pintarás enamorados.
Verás qué diversión, verás qué gusto,
Cuando lloren de Fátima el desvío
Tarif ó Muza ó Alcámán robusto,
Que ciegos de amoroso desvario,
La llaman en octavas y en tercetos
Mi bien, mi vida, encanto dulce mío.
Tus galanes serán todos discretos;
Y la dama, no menos bachillera,
Metáforas derrame y epitetos.
¡Qué gracia, verla hablar como si fuera
Un doctor *in utroque!* Ciertamente
Que esto es un pasmo, es una borrachera.
Ni busques lo moral y lo decento
Para tus dramas, ni tras de ello sudes;
Que allí todo se pasa y se consiente.
Todo se desfigura, no lo dudes:
Allí es heroicidad la altanería,
Y las debilidades son virtudes.
Y lo que Poncio alguna vez decía,
De que el pudor se ofende y el recato...
Pero ¡qué! si es aquella su manía.
Mil lances ha de haber por un retrato,
Una banda, una joya, un ramillete;

Con lo de infiel, traidor, alevé, ingrato.
La dama ha de esconder en su retrete
A dos ó tres galanes rondadores,
Preciado cada cual de matasiete.

Riñen, y saltan por los corredores
El uno de ellos al jardín vecino,
Y encuentra allí peligros no menores,
El padre, oyendo cuchilladas, vino;
Y aunque es un tanto cuanto malicioso,
Traga el enredo que Chichón previno.

Pero un primo frenético y celoso
Lo vuelve á trabucar de tal manera,
Que el viejo está de cólera furioso.

Salen todos los yernos allí fuera:
La dama escoge el suyo, y la segunda
Se casa de rondón con un cualquiera.

¡Oh vena sin igual, rara y fecunda,
La que tales primores recopila,
Y en lances tan recónditos abunda!

Esto debes hacer, esto se estila;
Y váyase Terencio á los orates,
Con Baquis, Menedemo y Antifila;
Que por él y otros pocos botarates,
Cobra la osada juventud espanto,
Y se malogran furibundos vates.

Tu, dichoso mortal, prepara en tanto,
Para ser celebérrimo poeta,
El numen y las sílabas al canto.

La cítara sonante, la trompeta,
Y la cómica máscara bufona,
Llena de variedad y chanzoneta,
Te alzarán á la cumbre de Helicona,
Donde cercado de las nueve hermanas,
Luces despide el hijo de Latona.

Mas cuando con sus manos soberanas

De laurel te corone, ten sabido,
Fabio, á quién debes el honor que ganas,
Y agradécelo á mi, que te he instruído.

— — —
EPISTOLAS
—

I

Á D. SIMÓN RODRIGO LASO

Rector del Colegio de San Clemente de Bolonia.

Laso, el instante que llamamos vida,
Es poco breve, di, que el hombre deba
¿Su fin apresurar? O los que al mundo
Naturaleza dió males crueles
¿Tan pocos fueron, que el error disculpen
Con que aspiramos á acrecer la suma?
¿Ves afanarse en modos mil buscando
Riquezas, fama, autoridad y honores,
La humana multitud ciega y perdida?
Oye el lamento universal. Ninguno
Verás que á la Deidad con atrevidos
Votos no canse, y otra suerte envidie.
Todos, desde la choza mal cubierta
De rudos troneos, al robusto alcázar
De los tiranos, donde suena el bronce,
Infelices se llaman. ¡Ay! y acaso
Todos lo son: que de un afecto en otro,
De una esperanza y otra y mil creídos,